ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

Dedúcese de este modo de comprender la forma total del universo:

1.° Que es una forma esférica ó globular equilibrada alrededor de un átomo central, centro de gravedad y de figura, y al propio tiempo, alma, del inmenso ser viviente de la naturaleza toda.

2.° Que la idea que el vulgo tiene del infierno, es un símbolo bastante exacto del fuego central, de la nebulosa central, origen y fuente de todas las energías, de todás las fuerzas naturales.

3.° Que á cada nebulosa y á cada sistema planetario corresponderá, para conservar el equilibrio, otra nebulosa semejante y otro sistema planetario parecido, en el punto del universo equidistante del centro y en el mismo eje de simetría colocado. Esto es lo que indudablemente querían significar los pitagóricos, al asegurar que si hay un planeta tierra, es forzoso que haya otro planeta antitierra, al que no podremos ver por estar oculto tras del fuego central.

4.° Que las formas nebulosas y planetarias se van alejando del centro á medida que su forma es más compleja ó perfecta, esto es, el movimiento irresistible y fatal hacia la perfección indefinida, las aleja del infierno del fuego central, y las acerca al cielo del infinito espacio no conquistado todavía.

5.° Por analogía podemos suponer que los planetas más alejados del

sol, más fríos ó apagados hace más tiempo son los más perfectos, los que tienen condiciones más adecuadas para la aparición de formas superiores.

6.° Que la cantidad de energía total del universo que los físicos modernos suponen constante sin aducir prueba alguna, aumenta sin cesar é indefinidamente.

7.° Que aun cuando ignoremos en qué consiste este movimiento respiratorio del átomo, este ritmo lógico y mecánico, esta transformación de lo inteligible en espacio, tiempo, pensamiento y fuerza que tomamos por base de todos los fenómenos de la naturaleza, debemos admitirle como cierto, porque tal hipótesis explica todos los fenómenos; así como sin saber en qué consiste la atracción, no dudamos de que las leyes de Kepler son ciertas y con ellas predecimos los eclipses.

8.° Que la nebulosa de Laplace como el protoplasma de los biólogos modernos son soluciones incompletas, eslabones intermedios de la cadena evolucionista, y que el átomo central es la raíz común de la nebulosa y del protoplasma.

9.° Que la tierra, ó mejor dicho, el sistema planetario ó nebulosa de que forma parte, ocupa una posición bastante alejada del punto central del universo.

10.° Que debemos tener confianza plena en la experimentación geométrica hecha con el cerebro por los antiguos geómetras filósofos, porque no hay telescopio, bisturí, termómetro, microscopio ni instrumento alguno que alcance la exactitud, la delicadeza, la perfección extraordinaria de nuestro cerebro cuando posee el criterio infalible de la unidad pitagórica.

La atracción newtoniana es el resultado de la concentración del espacio en el centro del átomo; la repulsión contraria y equivalente es el resultado de la espansión del centro del átomo al convertirse en esfera-espacio.

Al diferenciarse estos dos términos contradictorios ó de sexualidad opuesta, resultarán dos clases de átomos; los que representan la atracción y ocupan los centros de las formas poliédricas, y los que representan la repulsión y ocupan los vértices de las formas poliédricas.

Por esta razón, al copular dos tetraedros regulares iguales, los dos centros se atraerán y se confundirán en un solo punto matemático, y los vértices se separarán todo lo más posible, y resultará el betatetraedro, forma específica que contiene la nueva forma macho, el cubo, y la nueva forma hembra, el octaedro.

Los átomos centros, de las figuras poliédricas, son almas; los átomos vértices, son los cuerpos. El átomo centro representa la idea platónica del cuerpo de que forma parte, y claro es que cuanto más compleja sea la combinación de formas poliédricas regulares, el átomo central del cuerpo de que se trate, inextenso siempre, será más complejo porque representará la coincidencia en el mismo punto matemático del espacio de muchos átomos centrales.

El alma y el cuerpo son, por lo tanto, dos formas simétricas de sexualidad opuesta; el cuerpo es la forma masculina, y el alma la forma femenina.

La unión de ambas formas es un poliedro regular vivo de clase x de regularidad, una forma específica, un *uno* pitagórico, una unidad; es la personalidad humana. La unión substancial del alma y del cuerpo, de los escolásticos, es equivalente desde el punto de vista geométrico á colocar la forma femenina alma en el centro de figura de la forma masculina cuerpo, esto es, en algún punto de nuestro cerebro, situado en el plano de simetría.

Tenemos, pues, que la génesis de las formas principia así:

PRIMER UNO de las cantidades extensas: el punto matemático.

2.° UNO; la línea recta.

3.er UNO, su pluralidad infinita, la esfera, forma única de la totalidad de las combinaciones posibles con las líneas rectas radios, ó sea una línea que se mueva de todos los modos posibles, permaneciendo fijo uno de sus puntos.

Una línea recta limitada por dos puntos, moviéndose ambos de los infinitos modos posibles, engendra un número infinito de superficies todas ellas dobles, esto es, divisibles en dos partes simétricas conjugadas, de sexualidad contraria.

En medio de esta infinita dualidad, hay una superficie, *una sola*, que no tiene pareja, la superficie plana, que es un límite en donde se juntan y confunden todas las parejas de superficies, todas las parejas de contrarios.

El plano es un *uno* pitagórico, es la perfección absoluta de las superficies, es la unidad de la cantidad superficie.

El plano y la esfera son clases distintas de cantidad, engendradas por la combinación de la línea recta consigo misma.

El plano es el límite de todas las superficies dobles posibles, es la unidad, la perfección absoluta de la cantidad superficie.

La esfera es el límite de todas las combinaciones dobles posibles de las formas poliédricas regulares, es la unidad, la perfección absoluta de la cantidad volumen.

4.° UNO. La pluralidad infinita de la esfera, la esfera de todos los tamaños posibles, ó sea el infinito espacio, ó lo que es lo mismo, un flujo incesante partiendo del centro como fuente perdurable de vida, el infinito de la cantidad emanando constantemente de la nada, el primer *uno* en perpetuo ejercicio, creando y conservando.

5.° UNO. El átomo central, el primer átomo, el cual, reproduciéndose y engendrando á su imagen y semejanza infinitos átomos en cada instante, gobierna y preside como centro que es de gravedad y de figura del Universo, las infinitas combinaciones de los átomos entre sí que constituyen la Naturaleza.

6.° UNO. Combinación de dos átomos, línea recta, primer imán ó arista.

7.° UNO. Moviendo la línea recta formada por dos átomos de todos los modos posibles, resultaron todas las superficies regladas imaginables, todas ellas dobles, simétricas, conjugadas. La unidad de estas superficies, la superficie sin pareja, es el plano, mas no el plano de los geómetras, cosa puramente ideal, sino un plano cuyos puntos todos están en movimiento incesante, un plano *vivo*, digámoslo así.

Si en vez de ser una línea recta la que se mueve, es otra línea cualquiera ó una combinación de líneas, resultarán también infinitas parejas de superficies simétricas ó conjugadas, que tendrán por límites las diferentes superficies regladas regulares posibles, las cuales son perfecciones absolutas con relación á las superficies que resultan del movimiento de líneas no rectas ó poligonales, y al propio tiempo son perfecciones relativas, es decir, *unos* pitagóricos menos perfectos, con relación á la superficie plana, perfección absoluta ó unidad de todas las superficies posibles.

Las superficies regladas son al plano lo que el triángulo equilátero y los triángulos isósceles son á la línea recta.

Una diferencia análoga existe entre los vegetales y los animales; estos últimos tienen como sello genérico común de su construcción geométrica, como timbre de perfección nobiliaria, el plano de simetría, de progresión y de sexualidad que los divide en dos partes iguales; y por esto, porque son una clase especial de planos, son perfecciones absolutas con relación

á los vegetales que no son en puridad otra cosa que superficies regladas, conos, cilindros, hiperboloides y paraboloides, es decir, superficies menos perfectas que la superficie plana.

8.° UNO. Combinemos el plano consigo mismo. Moviendo dos planos, resulta, como siempre, de toda combinación, una infinidad de figuras dobles y simétricas; y en medio de esta infinita dualidad, una figura sin pareja, única, un *uno* pitagórico, la unidad de la clase de cantidad que pudiéramos llamar *plano doble*, aquella en que los dos planos *vivos* se cortan perpendicularmente.

9.° UNO. La combinación de tres planos *vivos* ofrece asimismo una infinidad de figuras dobles y simétricas, y una sola figura sin pareja, aquella en que los tres planos se cortan dos á dos perpendicularmente.

El sistema ortogonal es, pues, un *uno* pitagórico, una perfección absoluta, la unidad de la cantidad que pudiéramos llamar *plano triple*.

10.° UNO. LA TÉTRADA.

La combinación de cuatro planos engendra el tetraedro, una nueva clase de cantidad, la cantidad volumen, esto es, el espacio indefinido, reducido á términos concretos, el verbo principiando á tomar carne, la primera aparición de la belleza y de la perfección en el mundo de la extensión ó visible. Los tenues hilillos de las ideas, invisibles á nuestros ojos, y casi invisibles también á los ojos de nuestro entendimiento, se han agrupado en masas tan considerables y compactas, y de tal suerte, que las manos palpan la figura del tetraedro y certifican la verdad que anunciaron la vista y el discurso. Este prodigio genésico no se comprende bien, mientras no recordemos que la virtud propia de la ley combinatoria, consiste en que al combinar dos cosas cualesquiera (dos ó más perfecciones, absolutas por supuesto, porque si no lo son, no resultan figuras fecundas ó susceptibles de reproducirse indefinidamente) aparecen creadas cosas nuevas, perfecciones nuevas y superiores que antes no existían.

Los cuatro planos, cuya combinación forma el tetraedro, pueden ser combinados de infinitos modos dobles y simétricos, porque con relación á los tres vértices de una cara cualquiera y al centro del poliedro, el cuarto vértice puede ocupar parejas de posiciones simétricas. Es decir, que á cada tetraedro irregular, corresponde siempre otro contrario, semejante á él, conjugado, de sexualidad contraria.

Entre esta infinita dualidad hay, como siempre, una combinación única: el tetraedro regular.

Por consiguiente, el tetraedo regular es un *uno* pitagórico, una perfección absoluta, la unidad de la cantidad *volumen*. Obsérvese cómo van apareciendo los caracteres distintivos de la unidad.

La unidad es regularidad, simetría y equilibrio. Es también la belleza. La comparación entre el tetraedro regular y un tetraedro irregular cualquiera, sometida al juicio de todos los hombres, sin distinción de razas, edades ni sexos, produce el fallo unánime de que el tetraedro regular es más bello que el irregular. El juicio crítico de la belleza no es más que el instinto de la unidad; la unidad descubierta por la intuición. A medida que la clase de cantidad sometida á la crítica es más compleja, es más reducido el número de hombres capaces de separar la unidad de la dualidad infinita de las combinaciones posibles, esto es, de apreciar la belleza.

Antes de proseguir, es bien hacer notar las dos leyes genéticas importantísimas, que se advierten ya en estos primeros pasos de la génesis de las formas, y que siguen constantemente en todo el proceso evolutivo:

1.ª Sólo las unidades, sólo los *unos* pitagóricos tienen la virtud de crear, de engendrar nuevas y más perfectas cantidades por el hecho de combinarse consigo mismas. Las formas dobles irregulares son incapaces de reproducción indefinida é impotentes para engendrar cantidades más perfectas. Están condenadas por las leyes eternas é inflexibles de la geometría, á la infecundidad y á la muerte. Dos formas dobles conjugadas, al unirse, forman una unidad superior y son susceptibles de reproducción, porque cada una de ellas de por sí es un *uno* pitagórico.

2.ª El carácter distintivo de la unidad consiste en su capacidad de poder llegar al infinito, permaneciendo constantemente idéntica á sí misma.

El punto matemático origen del infinito espacio, es constantemente igual á sí mismo en donde quiera que consideremos *un* punto.

La línea recta es siempre la misma cualesquiera que sean los *dos* puntos con que la limitemos.

El plano es siempre idéntico á sí propio, cualesquiera que sean las *tres* líneas con que le limitemos.

El tetraedro regular es constantemente idéntico á sí propio, cualquiera que sea su magnitud ó distancia de los *cuatro* planos al centro de figura.

La facultad de reproducirse indefinidamente y de engendrar cantidades más perfectas, ó lo que es lo mismo, la serie de los números de perfección 1, 2, 3, 4, etc., está reservada exclusivamente á las unidades de cada cantidad, á los *unos* pitagóricos, ó lo que es lo mismo, á las perfec-

ciones absolutas. De modo que lo perfecto triunfa siempre de lo imperfecto. Lo perfecto tiende á vivir eternamente en el tiempo, en el espacio, en el pensamiento y en la fuerza, y lo imperfecto, por necesidad geométrica y mecánica, es infecundo, y como tal, condenado á la desaparición, á la muerte, á los abismos del *no ser*.

Toda la teoría darwiniana no es más que la exposición inexplicada de estos hechos geométricos conocidos indudablemente desde los tiempos de Zoroastro, porque no es posible la visión clara y razonada de la dualidad, de la unidad y de la trinidad simultánea é hipostática de todas las formas perfectas posibles, sin el conocimiento concreto, definido y preciso de estos hechos geométricos que yo he redescubierto, y que divulgo en la íntima convicción de que, no sólo no son una novedad del presuntuoso siglo XIX, sino que son la doctrina más antigua, más profunda y verdadera, tenida secreta por las conveniencias políticas de todas las teocracias.

11.° UNO; perfección absoluta de la combinación de dos tetraedros, el betatetraedro regular.

12.° UNO; perfecciones relativas de la combinación de *cinco* tetraedros regulares; el pentatetraedro destrorxum y el pentatetraedro sinestrorxum.

13.° UNO; perfección absoluta de la combinación de 10 tetraedros regulares, ó sea de un pentatetraedro destrorxum, con un pentatetraedro sinistrorxum, LA DÉCADA pitagórica ó doble pentatetraedro.

14.° y 15.° UNOS; el cubo y el octaedro son perfecciones relativas con relación al betatetraedro y perfecciones absolutas, combinaciones únicas ó *unos* pitagóricos con relación á las infinitas formas irregulares dobles á que sirven de límite. Son también ceros con relación á las formas derivadas por combinación de dichos poliedros consigo mismos y entre sí.

16.° y 17.° UNOS. El dodecaedro y el icosaedro, forman otra pareja de formas conjugadas ó sexos, que si son perfecciones relativas con relación á la década, son perfecciones absolutas, ceros, respecto de las formas creadas por la combinación de dichos poliedros consigo mismo y entre sí.



REENCARNACIÓN

(CONTINUACIÓN)

EL problema que la Humanidad tiene que resolver, es poner término al conflicto, conservando la voluntad libre; determinar la voluntad á lo mejor, siendo lo mejor objeto de elección. Lo mejor debe ser escogido, pero por un acto de volición que parta de sí mismo, que proceda con firmeza de una necesidad ordenada de antemano. La certeza de una ley impulsiva ha de obtenerse de voluntades innumerables, cada una de las cuales sea libre de determinar su propio curso. La solución de este problema es sencilla una vez conocido, por más que la contradicción parezca irreconciliable á primera vista. Que el hombre sea libre de determinar sus propios actos, pero que cada uno de éstos produzca un resultado inevitable; que el hombre discurra en libertad por entre todos los objetos del deseo y coja el que quiera, pero que sufra las consecuencias de su elección, agradables ó penosas, y al cabo rechazará espontáneamente los objetos cuya posesión trae aparejado el dolor por término, no los apetecerá ciertamente desde el punto y hóra en que haya adquirido la completa experiencia de que su posesión acaba en quebranto. Luchando para obtener el placer y evitar la pena, procurará no ser aplastado entre las muelas de la ley; y la lección se repetirá el número de veces que fuere necesario, á cuyo fin proporcionarán las reencarnaciones tantas vidas como sean requeridas por el más perezoso discípulo. Poco á poco desaparecerá el deseo de los objetos que producen al cabo sufrimientos, y aunque la cosa se presente envuelta en todo su tentador espejismo, será rechazada, no por impulsión externo, sino por libre elección. Ha dejado ya de ser deseable, ha perdido su poder.

Así sucederá con una cosa después de otra. La elección de los objetos marcha en armonía con la ley más y más, conforme el tiempo avanza. «Muchos son los senderos del error; la senda de la verdad es una sola;» cuando se ha recorrido los primeros y se ha visto que todos terminan en sufrimientos, no cabe error en escoger el camino de la verdad, porque va

fundado en el conocimiento. Los reinos inferiores trabajan armoniosamente á impulsos de la ley; el reino humano es un caos de voluntades en pugna, en rebelión y en lucha contra la ley; por el momento se desenvuelve dentro de él una unidad más noble, una elección armoniosa de voluntaria obediencia, que, por estar fundada en el conocimiento y en el recuerdo de los resultados de la inobediencia, es estable, sin que haya tentación que pueda darla de lado. El hombre ignorante y falto de experiencia está siempre en peligro de caer; mas como un Dios, conociendo el bien y el mal por propia experimentación, el escoger el bien está eternamente por encima de toda posibilidad de cambio.

A la voluntad, en la esfera de la moral, se denomina generalmente conciencia, y está sujeta en ella á las mismas dificultades que en los demás campos de su actividad. Mientras las acciones recaen sobre asuntos que se han repetido muchas veces, y cuyas consecuencias son familiares tanto á la razón como al Pensador mismo, la conciencia se expresa con prontitud y firmeza. Pero cuando se presentan problemas nuevos, sobre cuya solución guarda silencio la experiencia, no puede la conciencia expresarse con certeza; su respuesta será vacilante, porque sólo podrá deducir consecuencias dudosas, y el Pensador es incapaz de expresarse, porque su experiencia no contiene las circunstancias que por primera vez se le ofrecen. De aquí que la conciencia resuelva á menudo erróneamente; esto es, que la voluntad, falta de una dirección clara, ya por parte de la razón, ya de la intuición, guíe las acciones por mal camino. Y no podemos omitir la consideración de las influencias externas que afectan á la mente: formas de pensamientos de los demás, ya sean amigos, individuos de la familia ó conciudadanos. Todos éstos rodean y compenetran la mente con su propia atmósfera, falseando el aspecto de todas las cosas, desfigurando sus verdaderas proporciones. Así influída la razón, se ve privada con frecuencia del reposo necesario para juzgar aun conforme á los datos de su experiencia propia, y acaba por deducir conclusiones falsas, engañada por el instrumento falaz de que se ha servido para el estudio de los materiales.

La evolución de las facultades morales es estimulada por las afecciones, aún animales y egíostas, de la infancia del Pensador. Las leyes de la moral son dictadas por la razón esclarecida, la cual descubre las leyes en cuya conformidad la Naturaleza se mueve, é induce al hombre á proceder en armonía con la voluntad divina. Pero el impulso á obedecer

estas leyes, cuando no interviene fuerza alguna exterior, radica en el amor, en esa deidad oculta en el hombre, que procura difundirse y entregarse á los demás. La moralidad comienza para el Pensador niño, cuando por primera vez se siente movido por el amor hacia la esposa, el hijo ó el amigo, cuando se siente inclinado á hacer algo en provecho del ser querido, sin idea alguna de sacar utilidad. Esta es su primera victoria sobre la naturaleza inferior, en cuya completa sumisión consiste la perfección moral. De aquí la importancia de no destruir las afecciones ni empeñarse jamás en debilitarlas, según se practica en muchas de las más bajas especies de ocultismo. Por groseras é impuras que sean las afecciones, ofrecen siempre posibilidades de evolución moral, la cual se impiden á sí mismos los fríos de corazón y los que se aislan dentro de sí propios. Es más fácil tarea purificar el amor que crearlo. Por esto han dicho los grandes Maestros, que están más cerca del reino de los cielos los pecadores que los fariseos y los escribas.

La tercera gran etapa de la conciencia comprende el desarrollo de los más elevados poderes intelectuales. Ya el pensamiento no se alimenta sólo de las imágenes mentales suministradas por las sensaciones, ya no especula únicamente sobre los objetos concretos, ni se limita á los atributos que diferencian los unos de los otros, sino que, habiendo aprendido á distinguirlos con claridad por la apreciación de sus desemejanzas, comienza á agruparlos en razón de algún atributo especial que es común á objetos diversos y constituye su lazo de unión. Así deduce este común atributo y lo extrae, colocando todos los objetos que lo poseen aparte de los que carecen de él, y en tal camino desarrolla la facultad de reconocer la identidad en medio de la diversidad: primer paso hacia el reconocimiento futuro de lo Uno, como fundamento de lo múltiple. Por tal modo va clasificando el Pensador cuanto le rodea, desarrollando, en su consecuencia, su facultad de sintetizar, aprendiendo á construir al mismo tiempo que á analizar. Da entonces un paso más, y concibe la propiedad común como una idea separada de todos los objetos en que aparece, formando así imágenes mentales de una especie superior á las de los objetos concretos: imágenes de ideas que no tienen existencia fenomenal en el mundo de las formas, sino que existen en los niveles más elevados del plano mental, y ofrecen materia en que el mismo Pensador ejerza su actividad. La mente inferior alcanza la idea abstracta mediante la razón, y al hacerlo, realiza su vuelo más alto, tocando los límites del mundo sin

forma; desde donde confusamente vislumbra lo que hay del otro lado. El Pensador considera estas ideas y vive habitualmente en medio de ellas; y cuando el poder de razonar sobre lo abstracto se ha ejercitado y desarrollado, el Pensador comienza á encontrarse realmente en su propio mundo, comienza su vida de activo funcionar en su propia esfera. Los hombres que esto alcanzan, se cuidan poco de los sentidos, de la observación externa, de la aplicación del pensamiento á las imágenes de los objetos exteriores; sus poderes se dirigen adentro, no buscando afuera ya sus satisfacciones. Reposan tranquilos en sí mismos, creciendo con el estudio de los problemas filosóficos, con la inspección más profunda del pensamiento y de la vida, procurando más bien desentrañar las causas que desvariar en la acumulación de los efectos, y acercándose día tras día al reconocimiento del Uno, que se oculta detrás de las infinitas variedades de la Naturaleza visible.

En la cuarta etapa de la conciencia se ve este Uno; y al asaltar las barreras levantadas por el intelecto, se esparce la conciencia para abarcar el mundo, y ve todas las cosas en sí misma y como partes de sí misma, y se ve á sí misma como un rayo del Logos, y por tanto, como una con Él. ¿Qué es el Pensador entonces? Ha llegado á ser conciencia; y en tanto que el alma espiritual puede usar *ad libitum* cualquiera de sus vehículos, no está aquel limitado á su uso, ni siquiera los necesita para su plena y consciente vida. Aquí han concluído las reencarnaciones forzosas; el hombre ha vencido á la muerte: de cierto ha alcanzado la inmortalidad. Desde entonces es «una columna del templo de Dios, de donde no saldrá jamás.»

Para completar esta parte de nuestro estudio, se requiere comprender la vivificación sucesiva de los diferentes vehículos de la conciencia y su ingreso, uno después de otro, en la esfera de la vida activa, como instrumentos armoniosos del alma humana.

Hemos visto que el Pensador, desde los comienzos de su vida separada, ha tenido vestiduras de materia mental, astral, etérea y física grosera. Son estos los medios por donde la vida de aquel transciende al exterior: el puente de la conciencia, podríamos llamarlo, á lo largo del cual todos los impulsos del Pensador llegan hasta el cuerpo físico grosero, y todas las impresiones del mundo externo le alcanzan á él. Pero este uso general de los cuerpos sucesivos como partes de un todo encadenado, es cosa bien diferente de la vivificación de cada uno de ellos, para servir alternativamente de vehículo á la conciencia, con independencia de los que

están por debajo. Esta vivificación de los vehículos es lo que vamos á considerar.

El que primero debe reducirse á un orden armonioso de actividad, es el vehículo inferior: el cuerpo físico denso. Es preciso afinar el cerebro y el sistema nervioso, y hacerlos delicadamente sensibles á todas las impresiones que caen dentro de la escala de su poder vibratorio. En los albores de la especie humana, cuando este cuerpo físico se componía de la más grosera clase de materia, la gama era muy limitada: el órgano físico de la mente sólo podía responder á las más lentas vibraciones. Como era natural, respondía con mucha mayor prontitud á las impresiones del mundo externo causadas por objetos semejantes á él por sus materiales.

Su vivificación como vehículo de la conciencia, está en que se le haga sensible á las vibraciones que parten de dentro; y la rapidez de esta vivificación depende de que la naturaleza inferior ayude en su obra á la más elevada, de que se someta lealmente á servir á su director misterioso. Cuando después de muchas y muchas vidas, comienza á columbrar la naturaleza inferior que existe sólo por el alma, que todo su valor consiste en la ayuda que puede proporcionarla, y que sólo puede conquistar la inmortalidad fundiéndose en ella, empezará á verificar su evolución á pasos de gigante. Antes de esto la evolución ha sido inconsciente; al principio el único objeto de la vida era la satisfacción de la naturaleza inferior, y mientras que esto fué un preliminar necesario para despertar las energías del Pensador, nada hizo aquélla de un modo directo para convertir el cuerpo en vehículo de la conciencia. Su acción directa sobre éste comienza cuando la vida del hombre establece su centro en el cuerpo mental, cuando el pensamiento comienza á dominar la sensación. Los poderes mentales en ejercicio actúan sobre el cerebro y el sistema nervioso, en cuya virtud la materia más grosera de que se compone este organismo, es expelida gradualmente, para dar paso á materiales más finos que sean capaces de vibrar al unísono con las vibraciones del pensamiento que tratan de influirlo. El cerebro viene á ser de una constitución más delicada, aumentando así, con circunvoluciones más y más complicadas, la superficie total que ha de revestir la materia nerviosa idónea para responder á las vibraciones mentales. El sistema nervioso, á su vez, adquiere un equilibrio más sutil, se hace más vivo y más sensible á las influencias de la actividad mental; y cuando llega la hora del reconocimiento de sus fun-

ciones como instrumento del alma, de que antes se ha hablado, tiene lugar una cooperación activa en el desempeño de estas funciones.

Entonces comienza la personalidad á someterse deliberadamente á disciplina y á posponer sus pasajeras satisfacciones á los intereses permanentes de la individualidad inmortal. Emplea en el desarrollo de las facultades mentales el tiempo que podía gastar en la persecución de los más bajos placeres; todos los días destina algunas horas á los estudios serios; el cerebro se entrega gustoso á las impresiones que proceden de dentro, en vez de las que recibe del exterior; se siente arrastrado á responder á un orden consecutivo de pensamientos, y aprende á refrenarse en la libre emisión de sus propias imágenes, inútiles é inconexas, fruto de pasadas impresiones. Aprende á permanecer en reposo cuando no es requerido por su maestro, para corresponder á vibraciones, no para iniciarlas (1). Andando el tiempo se empezará á hacer diferencia entre los alimentos que deben suministrar al cerebro la substancia. Se interrumpirá el uso de los más groseros, tales como la carne, la sangre y el alcohol, formándose un cuerpo puro con alimentos puros. Y así, poco á poco, las vibraciones de un orden inferior dejarán de encontrar materia dispuesta á responder á su acción, y en su consecuencia, llegará á ser el cuerpo físico un vehículo idóneo de la conciencia, reflector delicado de las impresiones del pensamiento, sutilmente sensible á las vibraciones producidas por el Pensador.

El doble etéreo se conforma tan estrictamente á la constitución del cuerpo denso, que no precisa estudiar por separado su purificación y vivificación; normalmente no sirve como vehículo separado de la conciencia, sino que actúa simultáneamente con su compañero más denso, y cuando se halla apartado de él por accidente ó por muerte, responde muy débilmente á las vibraciones que parten del interior. Sus funciones no son, en realidad, las de un vehículo de la conciencia mental, sino de un vehículo de Prâna, de la fuerza vital individualizada, y su desencajamiento del cuerpo denso, al cual lleva las corrientes de vida, es, por tanto, perturbador y dañino.

El segundo vehículo de conciencia que debe ser vivificado es el cuerpo astral. Cuando durante el sueño abandona al cuerpo físico y flota en el mundo astral, alcanzada ya su completa organización, la conciencia que

(1) Una de las señales de que esto se ha realizado, es la cesación de la confusa mezcla de imágenes parciales puestas en juego durante el sueño por la actividad independiente del cerebro físico. Cuando se comienza á refrenar el cerebro, esta clase de sueños tiene lugar muy rara vez.

hasta entonces ha actuado dentro de él, comienza, no sólo á recibir por su medio las impresiones de los objetos astrales que constituyen la llamada conciencia del sueño, sino también á percibir, mediante sus sentidos, objetos de aquel plano: esto es, comienza á referir las impresiones que recibe á los objetos que las producen. Estas percepciones son confusas al principio, al igual de las primeras percepciones que la mente recibe cuando le sirve de instrumento el cuerpo físico de un niño, las cuales deben corregirse en uno y otro caso por la experiencia. El Pensador tiene que descubrir paso á paso las nuevas facultades de que puede hacer uso por el intermedio de este vehículo más sutil, con el cual será capaz de dominar los elementos astrales y defenderse de los peligros de aquel plano. Y no queda abandonado á sus propias fuerzas en este nuevo mundo, sino que es instruído y ayudado, y aun protegido, hasta que sea apto para servirse de su propio valimiento, por seres experimentados en las vicisitudes de la vida astral. Y así, de un modo gradual, llega á adquirir un predominio completo sobre el nuevo vehículo de la conciencia, hasta el punto de serle tan familiar la vida en este plano como en el físico.

(Se continuará.) Annie BESANT

Incidentes de la vida del Conde de San Germán.

Los siguientes extractos han sido tomados de los muy raros y valiosísimos *Souvenirs de Marie-Antoinette*, por la condesa d'Adhemar, que había sido una de las íntimas amigas de la Reina, y que murió en 1822.

No pude encontrar un solo ejemplar de esta obra en ninguna de las bibliotecas de Inglaterra, ni del Continente, que hasta ahora he podido visitar. Pero afortunadamente existe un ejemplar en Odessa, en la biblioteca de Mad. Fadief, tía de nuestra difunta maestra y amiga Mad. H. P. Blavatsky, circunstancia que quizás aumente el interés para algunos de nuestros lectores.

Se permitió á uno de los individuos de nuestra Sociedad sacar algunos extractos de los cuatro volúmenes, y hay que dar las gracias á madame Fadief por haber prestado con tanta amabilidad esta obra, para el

objeto que indica el epígrafe. Mad. d'Adhemar parece que llevó un diario, según moda de aquella época, y más adelante escribió sus *Souvenirs*, entresacándolos de este diario, intercalando á veces alguna observación explicativa. Abarcan un largo período de tiempo: desde 1760 hasta 1821.

Un hecho sumamente interesante respecto de las fechas se ofrece en una nota, escrita de mano de la condesa, fijada con un alfiler en el manuscrito original y fechada en 12 de Mayo de 1821. Se refiere á una profecía que le hizo San Germán en 1793, cuando le avisó el triste próximo fin de la Reina; y contestando á la pregunta de si le volvería á ver, le dijo: cinco veces más; no deseéis la sexta.

La condesa escribe: «Volví á ver á San Germán, y siempre, con gran sorpresa mía, cuando el asesinato de la Reina; á la llegada del 18 Brumario; al siguiente día de la muerte del duque d'Enghien (1804); en el mes de Enero de 1813, y en vísperas del asesinato del duque de Berri (1820). Espero la sexta visita cuando Dios quiera.»

Estas fechas son de interés, á causa de la opinión generalmente aceptada de que San Germán murió en 1780; unos pocos escritores dicen que sólo se retiró de la vida pública. De esta diversidad de opiniones nos ocuparemos más adelante. —*Isabel Cooper Oakley.*

Página 53. En esta misma época me ocurrió una aventura muy singular. Me hallaba sola en París, pues M. d'Adhemar había marchado á visitar algunos parientes suyos que tenía en Languedoc. Eran las ocho de la mañana de un domingo. Yo tengo la costumbre de oir misa al medio día, de suerte que tenía poco tiempo para mi *toilette* y prepararme á salir. Así, pues, me levanté precipitadamente, y apenas me había puesto la bata de mañana, cuando Mad. Rostande, mi primera doncella, en quien tenía también depositada toda mi confianza, entró á decirme que un caballero deseaba hablarme.

Hacer una visita á una mujer á las ocho de la mañana, era contra todas las reglas admitidas. ¿Es mi procurador, mi abogado? — pregunté. — Pues uno tiene siempre, pisándole los talones, á uno de estos señores, por poca fortuna que tenga. ¿Es mi arquitecto, mi sillero, uno de mis arrendatarios?

La respuesta fué negativa á cada pregunta.

— Pero ¿quién es, pues, querida?

Yo trataba á mi doncella con familiaridad. Había nacido el mismo día que yo, en la misma casa, la de mi padre, con la diferencia de que yo vine al mundo en un departamento lujoso, y ella en el cuarto de nuestro portero. Su padre, un buen hombre de Languedoc, era un pensionista retirado, á nuestro servicio.

— Yo creí — contestó mi doncella — con todo el respeto debido á la señora condesa, que el diablo haría tiempo que había hecho una capa de la piel de este personaje.

Pasé revista á todos aquellos conocidos míos que podían merecer un tratamiento especial de Satanás, y encontré tantos, que no sabía en quién fijar mis conjeturas.

— Puesto que la señora no adivina — continuó Mad. Rostende — me tomaré la libertad de decirle que es el conde de San Germán.

— ¡El conde de San Germán — exclamé — el hombre de los milagros!

— Él mismo.

Grande fué mi sorpresa al saber que estaba en París y en mi casa. Hacía ocho años que había salido de Francia, y nadie sabía lo más mínimo acerca del lugar donde se encontraba. Nó teniendo en cuenta sino mi curiosidad, le ordené que le introdujese.

— ¿Os dijo que le anunciaseis bajo su propio nombre?

— Ahora se hace llamar M. de St. Noël. Pero no importa, le reconocería entre mil.

Salió, y un momento después apareció el conde. Parecía fresco y bueno, y casi más joven. Hízome igual cumplido; pero es dudoso que fuese tan sincero como el mío.

— Habéis perdido — le dije — un amigo y protector en el difunto Rey.

—Siento doblemente su pérdida — replicó — tanto por mí como por Francia.

— La nación no es de vuestra opinión; espera su bienestar del nuevo reinado.

— Eso es un error; este reinado le será fatal.

— ¿Qué estáis diciendo? — repliqué bajando la voz y mirando á mi alrededor.

— La verdad... Se está urdiendo una conspiración gigantesca, que no tiene aún ningún jefe visible, pero aparecerá antes de mucho. El objeto es nada menos que el derrumbamiento de lo que existe, para reconstruirlo bajo un nuevo plan. Hay mala voluntad hacia la familia real, el

clero, la nobleza y la magistratura. Aún es tiempo, sin embargo, para hacer fracasar la conspiración; más tarde esto sería imposible.

— ¿Dónde habéis visto todo esto? ¿Ha sido soñando ó despierto?

— Parte con la ayuda de mis oídos, y parte por revelaciones. El Rey de Francia, repito, no tiene tiempo que perder.

— Tenéis que pedir una audiencia al conde de Maurepas, y comunicarle vuestros temores, pues él puede hacer todo, poseyendo como poséis toda la confianza del Rey.

— Puede hacer todo, que yo sepa, excepto salvar á Francia; ó más bien, él será quien precipitará su ruina. Este hombre os perderá, señora.

— Me estáis diciendo lo bastante para que os hagan meter en la Bastilla por el resto de vuestros días.

— Yo no hablo de este modo sino á los amigos de quienes estoy seguro.

—Sin embargo, ved á M. de Maurepas; tiene buenas intenciones, aunque le falta habilidad.

— Rechazaría la evidencia misma; por otra parte, me detesta. ¿No sabéis la necia cuarteta que ocasionó su destierro.

Hermosa marquesa, alaban vuestros encantos:
Sois encantadora y muy franca;
Pero todo eso no impide
Que vuestras flores sean flores.

— La rima es inexacta, conde.

— ¡Oh! la marquesa hacía poco caso de ello; pero supo que M. de Maurepas era el autor, y él pretendía que yo le había quitado el manuscrito original para enviarlo á la altiva sultana. Su destierro siguió á la publicación de esos desdichados versos, y desde entonces me incluyó en sus planes de venganza. Nunca me perdonará. Sin embargo, señora condesa, he aquí lo que os propongo. Hablad de mí á la Reina, de los servicios que he hecho al gobierno en las misiones que se me han confiado en varias cortes de Europa. Si su Majestad quiere oirme, le revelaré lo que sé; entonces juzgará si será prudente para mí que pase á ver al Rey, sin la intervención, sin embargo, de M. de Maurepas: esto es mi *sine qua non.*

Escuché atentamente á San Germán, y comprendí todos los peligros que caerían nuevamente sobre mi cabeza si intervenía en semejante asunto. Por otra parte, yo sabía que el conde se hallaba perfectamente enterado de la política Europea, y temí perder la ocasión de servir al Estado

y al Rey. El Conde de San Germán, adivinando mi perplejidad, me dijo:

— Meditad mi proposición; estoy en París de incógnito; no habléis á nadie de mí; y si mañana queréis verme en la iglesia de los Jacobinos, en la calle de Saint-Honoré, esperaré allí vuestra contestación á las once en punto.

— Preferiría veros en mi propia casa.

— Con mucho gusto; hasta mañana, pues, señora.

Partió. Todo el día estuve pensando en esta especie de aparición y en las palabras amenazadoras del conde de San Germán. ¡Qué! ¿Estábamos en vísperas de una descomposición social? ¿Este reinado que se presentó con tan buenos auspicios, preparaba la tempestad? Después de mucho meditar este tema, me resolví á presentar al conde de San Germán á la Reina, si ella lo permitía. Fué puntual á la cita, alegrándose mucho de mi resolución. Le pregunté si se iba á establecer en París; me contestó negativamente: sus planes no le permitían vivir en Francia.

— Pasará un siglo antes de que yo vuelva á aparecer aquí.

Me eché á reir y él hizo lo mismo. Aquel día fuí á Versalles; pasé por las habitaciones menores, y encontrando allí á Mad. de Misery, le rogué que indicase á la Reina que deseaba verla tan pronto pudiera recibirme. La camarera mayor volvió con la orden de introducirme. Entré: la Reina se hallaba sentada ante un precioso escritorio de porcelana que el Rey le había regalado; estaba escribiendo, y volvió la cabeza, diciéndome con una de sus encantadoras sonrisas:

— ¿Qué me queréis?

— Poca cosa, señora; sólo aspiro á salvar la monarquía.

Su Majestad me miró con estupefacción.

— Explicáos.

Ante esta orden, mencioné al conde de San Germán; dije todo lo que sabía de él, su intimidad con el difunto Rey, con Mad. de Pompadour, con el duque de Choiseul; hablé de los verdaderos servicios que había hecho al Estado con su habilidad diplomática; añadí que desde la muerte de la marquesa había desaparecido de la corte, sin que nadie supiese el lugar de su retiro. Así que hube despertado suficientemente la curiosidad de la Reina, terminé repitiéndole lo que el conde me había dicho el día anterior y confirmado aquella mañana.

La Reina pareció reflexionar, y luego replicó:

— Es extraño; ayer recibí una carta de mi corresponsal misterioso: me

avisaba que pronto se me haría una comunicación importante, so pena de grandes desgracias. La coincidencia de estas dos cosas es muy notable, á menos, sin embargo, que fuesen del mismo origen. ¿Qué pensáis de esto?

— No sé qué decir. Durante varios años ha estado Vuestra Majestad recibiendo estas misteriosas comunicaciones, y el conde de San Germán sólo ha vuelto á aparecer ayer.

— Quizás obre de este modo á fin de ocultarse mejor.

— Es posible; sin embargo, algo me dice que se debe confiar en sus palabras.

— Después de todo, no siento verle aunque sólo sea de paso. Os autorizo, pues, para que lo traigáis mañana á Versalles, disfrazado con vuestra librea. Permanecerá en vuestras habitaciones, y tan pronto como pueda recibirle, os avisaré á ambos. No le oiré sino en vuestra presencia-este es también mi *sine qua non.*

Saludé profundamente, y la Reina me despidió con la señal de costumbre. Debo confesar, sin embargo, que mi confianza en el conde de San Germán había disminuído por la coincidencia de su venida á París con el aviso recibido el día anterior por María Antonieta. Me pareció ver en todo ello una intriga; me pregunté si debía ó no hablarle de ello; pero considerándolo bien, resolví guardar silencio, segura de que estaría preparado de antemano á contestar á esta pregunta.

El conde de San Germán me esperaba fuera; tan pronto como le percibí, hice detener mi caruaje, subió y volvimos juntos á mi casa. Presenció mi comida, pero según su costumbre, no comió; después de esto me propuso regresar á Versalles. Dormiría en la posada, añadió, y al siguiente día me iría á buscar. Consentí en ello, pues estaba ansiosa de no descuidar lo más insignificante para el éxito de este asunto.

(Se continuará)

Del *The Theosophical Review.*

CARTAS Á UN SACERDOTE CATÓLICO

(CONCLUSIÓN)

La empresa de Comte fué un fracaso porque no conocía la reencarnación ni la evolución *futura. No se puede* rendir culto á la humanidad *presente.* Expresándolo con las palabras toscas, pero justas de la Madre Mar-

garita: «*¡Eso* no constituye más que un Dios podrido!» Pero para la humanidad, tal como será á medida que transcurren las edades y ronda tras ronda, «con arreglo al tipo de Cristo», no hay reverencia demasiado grande. Y si os ponéis en el caso de considerar á Jesucristo, no como á único Hijo de Dios, sin verdadera relación con la humanidad, sino con arreglo á su propia frase favorita, como al «Hijo del Hombre», el gran ejemplo para nosotros los occidentales (uno de tantos que no conocemos bien) de lo que el hombre puede elevarse en la evolución sin fin de la raza, verdaderamente el «ejemplo puesto ante nosotros», por el gran Maestro (para nosotros) del gran evangelio del altruismo, no *invención* propia Suya, como Él continua y celosamente explicaba, sino sabiduría transmitida por santos y sabios desde el principio de los tiempos, la gran ley una del amor; entonces el concepto se presenta superior, no inferior al que proporciona la teología popular que pisotea á toda la humanidad, á fin de que Él pueda encontrarse sólo entre las meras «obras de sus manos.» No hay frase que más se use y menos se comprenda que la de que de Cristo es el «primer fruto» de la humanidad. No puede ser ésta literalmente verdad, á menos que se sostenga que Él era efectivamente una reencarnación de sabios precedentes; pero el sentido de que todo el resto de la humanidad será un día como Él, es bien claro. Supongamos que tratais de enseñar á vuestra gente de este modo acerca de Él, y les enseñais que en cada uno de ellos mora en este mismo instante el Cristo, crucificada su pureza por nuestra naturaleza pecadora sin desarrollo; que cada uno de ellos tiene su propio Padre en el Cielo, lo mismo que Él, y que todos estos Padres son uno, así como nosotros, sus hijos, somos también uno, si pudiésemos abrir los ojos para verlo. Que los tres días de su muerte y resurrección es un paralelo del proceso místico, por el cual Él, grande y todo como era, se elevó aún más á alturas incomensurablemente mayores de santidad y de vastos poderes para ayudarnos, proceso por el cual, á medida que transcurran las edades, pasaremos *nosotros*, llegando á ser lo que Él: Protectores del Mundo. Tened el valor de enseñarles lo que ví pocos días há citado (entre broma y risa por el supuesto absurdo) de un sabio chino; de que «*el hombre es bueno* en el fundamento mismo de su naturaleza, y que sus pecados é imperfecciones le abandonarán en el curso de su progreso á través de las edades, y que mientras mejor obedezca la gran ley del amor en sus vidas presentes y futuras, más pronto llegará el tiempo en que tendrá su parte en ayudar al mundo; que nin-

guna cosa de lo que sucede al pasajero cuerpo físico importa nada, sino sólo el desarrollo del corazón, de la mente y de la voluntad que aún no posee, pero que tiene que adquirirse por medio del esfuerzo firme, constante y paciente, vida tras vida, hasta que sea apto para estar con el Maestro en las muchas moradas de su reino; en una palabra, que todo dolor y mal es pasajero, pero que el bien es eterno.

¿No hay en tales indicaciones el bosquejo de un nuevo evangelio — el evangelio de la humanidad — que podríais predicar á vuestros fieles con alguna esperanza de despertar aún en sus obscuros corazones aspiraciones que pudieran fructificar más adelante en un aumento de espiritualidad? Por lo menos sería un evangelio que podríais enseñar sin sentiros, en lo íntimo de vuestro corazón, avergonzado del Dios que predicaseis. Y si vuestros compañeros os mostrasen (como lo harían) cientos de «textos» para probaros que la «revelación divina» no alcanza de hecho á la hermosura de vuestro sueño humano del amor de Dios y de reverencia para el hombre, ¿no tendríais el valor de deciros á Vos mismo, que todo lo que Jesús podía enseñar á sus campesinos galileos hace dos mil años se queda muy atrás — y necesariamente tiene que ser así — de lo que el mismo Espíritu Santo nos ha revelado «en estos últimos tiempos», á nosotros, los herederos de todas las edades, acerca del gran secreto del mundo? ¿Movéis la cabeza? ¿Es la empresa demasiado grande para vuestro valor? Bueno; pues cuando nos encontremos en la próxima vida, lo habréis adquirido. Bien vale la pena de esperar otros dos mil años ó cosa así para obtenerlo.

Todo vuestro,

C. W. LEADBEATER

Movimiento teosófico.

ITALIA

En extremo satisfactorias son las noticias que recibimos de Italia.

Los constantes esfuerzos de nuestros hermanos en esa hermosa nación, ligada á la nuestra por tantos vínculos, están produciendo su resultado lógico; la extensión que va adquiriendo el movimiento teosófico no

sólo en Roma, sino en las principales poblacioces de Italia, es testimonio elocuente de la obra llevada á cabo por aquéllos.

Reciban nuestros hermanos de Roma nuestra sincera y entusiasta enhorabuena, así como los votos que hacemos por el progreso no interrumpido de nuestras doctrinas durante este año en la tierra itálica.

LOGIA DE ROMA

He aquí los nombres de los hermanos que dirigirán esa Logia durante el presente año:

Presidente, Signor Gualtiero Aureli M. A. Roma, Via Babuino, 51.

Secretario, Signor Decio Calvari, Secretario de la Cámara de Diputados, Roma.

Tesorero, Signor Enrico Mannucci, M. A. Roma, Via Funari, 20.

Estos tres señores son romanos de «pura sangre», y han demostrado repetidas veces su celo por la causa Teosófica.

La Teosofía descansa, pues, en Italia en base firme, y si bien tiene que luchar en Roma contra dificultades quizás mayores que en ninguna otra parte de Europa; el número de los individuos de la Rama aumenta gradualmente. Su valor y perseverancia ya han hallado su recompensa en el apoyo que les prestan tanto el Centro General de Londres, como los amigos con que cuentan en Europa; y seguramente el nuevo órgano de la Rama Romana, *Teosofía*, contribuirá poderosamente á difundir por Italia los conocimientos teosóficos.

El primer número de esta revista mensual aparecio el 1.° de Enero de 1898. Ha elegido por lema estas palabras del «Paraiso» del Dante (Canto XXIV):

«Quest'é il principio, quest'e la favilla
Che si dilata in fiamma poi vivace.»

Acaba de publicarse en Florencia un *Almanaque y Enciclopedia Práctica Popular* para 1898, que contiene un artículo claro y conciso sobre Teosofía, con una reseña relativa á la Sociedad Teosófica, el objeto por ésta perseguido, y los progresos que ha realizado durante la presente época, escrito por el Sr. Decio Calvari, á petición del profesor Fumagalli.



REVISTA DE LA PRENSA

The Theosophical Review (Londres), núms. 124 y 125. — Si fuéramos á tratar de los notables é interesantes trabajos que contienen estos dos números, necesitaríamos ocupar la mayor parte de SOPHÍA; por lo cual, con gran sentimiento, sólo citaremos aquellos artículos que sobresalen entre los muchos y buenos de nuestro colega londonense. «Vino nuevo en odres viejos» es interesantísimo, redactado por el Secretario de la Sección Americana, A. Fullerton; «Incidentes de la vida de St. Germain», por Mr. Cooper-Oakley, con un magnífico retrato del místico Conde Estos apuntes aparecerán en los números sucesivos de SOPHÍA. Continúa A. M. Glas sus trabajos sobre «La Geometría de la Naturaleza», que vienen á ser una cooperación de los que D. A. Soria publica en nuestra revista. «La Escala Mayor», por Mus Doc., es un estudio de las relaciones ocultas de los sonidos. «La edad de los Vedas», por Moore; «El simbolismo del gnóstico Marcos», por G. R. S. Mead; «Influencias Planetarias», etc., etc.

Le Lotus Bleu (París), núm. 10. — Publica artículos de los mejores escritores teosóficos, como: «Comentarios sobre *La Luz en el Sendero*»; «El Desarme Internacional;» «Variedades Ocultas», etc.

Theosphia (Amsterdam), núms. 8 y 9. — «Los tres sietes»; «Nacimiento y Evolución del Alma,» por A. Besant; «Sueños»; «Religión y Teosofía», etc.

Mercury (San Francisco de California), núms. 3 y 4. — «El hombre y sus vehículos de conciencia», por Mr. Baber; «Isis sin Velo», T. James; «La filosofía de Herbert Spencer no es materialista», Titus; «Investigaciones Astronómicas»; «Misión Religiosa de la Teosofía», Mackenzie, etc Resultan interesantísimos todos sus artículos.

Arya Bala Bodhini (Madras), núms. 11 y 12. — Publica trabajos curiosísimos é indispensables para los estudiantes de las Religiones arias.

Nova Lux (Roma), núms. 11 y 12. — Esta revista cesa de ser órgano de la Sociedad Teosófica, por haberse creado otra revista expresamente con dicho objeto.

Entre los trabajos insertos en estos dos números, merecen especial mención: «El Ego y su vehículo», de Calvari; «Sintoísmo», de Hoffmann; «El esoterismo en la India», Kout-Houmi, etc.

Teosofía (Roma), núm. 1. — Este es el nuevo órgano de la Teosofía en Italia, al que deseamos próspera vida. He aquí el sumario de este número: «Al lector»; «Teosofía?», A. Besant; Corroboración científica de la Teosofía», Olga Giaccome; «Ocultismo y Teosofía», por Decio Calvari, y «Movimiento Teosófico».

Maha-Bodhi Society (Calcutta), núm. 8. — Contiene, como siempre, trabajos útiles y de atractivo, estando llenos de curiosas é interesantes noticias.

Otras muchas revistas hemos recibido, y bien quisiéramos hacer sus reseñas si el espacio de que disponemos lo permitiera; pero han de dispensarnos nuestros queridos colegas que sólo citemos sus títulos y demos las gracias por su atención en remitírnoslas:

The Vâhan (Londres), núms. 5 y 6. — *The Pacific Theosophist* (San Francisco de California), núms. 8 y 9. — *The Prasnottara* (Benares), núms. 80, 81 y 82. — *The New*

Century (New York), núms. 9, 10, 11, 12 y 13. — *La Ciencia del Siglo XX* (Madrid), núm. 23. — *Monitor* (Bruselas), núms. 12 y 1. — *L'Humanitè Intègrale* (París) números 9 y 10 — *Revista Spirita* (Bahía). núm. 12. — *Sbornik pro filosofii* (Praha), núm. 10 — *Revista Magnética* (Milán), núm. 9. — *Lumen* (Barcelona), núm. 1. — *La vie d' Outre tombe* (Charleroi). núm. 1. — *Religione e Patria* (Fierenze-Pistoia), núm. 11 y 12. — *Archivos de Genecopatía* (Barcelona). núm. 24. — *Nouvissima Antologia Italiana* (Nápoles), núm. 1. — *Catalogue de Sciences Occultes*, de Lucien Bodin (París). — *Revista Popular de Conhecimientos uteis* (Lisboa), núms. 3 y 4.

También hemos recibido: *La República* y *El Tiempo* (diarios de Caracas); *El Correo Católico; Asociación Rural del Uruguay; El Magisterio Leonés*; *La Revelación; Lo Judicial y lo Justiciable; El Aviso; La Provincia*; *Vitalidade; La Tempestad; Boletín Musical*; *El Porvenir*; *El Socialista; El Profesorado*; *El Eco de Guadalope*; *Revista de primera enseñanza; La Opinión Aetigitana; La Luce*; *La Tracción Ferroviaria; El Francolí*; *La Antorcha Valentina; El Fénix Mercantil*; *El Mortero; El Adalid Martinense*; *Aurora do Cavado; The Venezuelan Herald; Revista del Ateneo Obrero; Constancia; El Motín; El Trabajo Nacional; A Luz; El Auxiliar; Revista Masónica* (Buenos Aires); *La Voz de Sitges*; *Gazzeta Magnético-Scientifica; Las Dominicales; El Heraldo*; *Il Vessillo Spiritista; Revista Spiritista*, y los nuevos colegas: *La Voz de las Niñas*, de Buenos Aires; *La Aurora Social*, pə Gijón; *Consultor Avícola*, de Sarriá, y *Jornal Saloio*, de Cintra, con quienes gustosos dejamos establecido el cambio, y á los que deseamos próspera vida.

LIBROS

La Rama Argentina *Luz*, de Buenos Aires, ha publicado un pequeño folleto conteniendo tres conferencias dadas en la misma por la que fué en vida D.ª Antonia Martínez Royo, como homenaje rendido á la memoria de la que fué una de sus fundadores y presidente. Hemos leído con sumo gusto este interesante librito nutrido de doctrina teosófica, y que constituye una excelente noticia de la Teosofía, propio para la propaganda, por cuya publicación damos nuestra enhorabuena á la Rama *Luz*.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.